Прочитайте текст и выполните задания 12–18. В каждом задании укажите цифру 1, 2, 3 или 4, соответствующую выбранному вами варианту ответа.

Un tazón de sopa

Hacía años que José vivía en la calle, tantos, que creía haber nacido allí. Ya no le importaba ni el por qué, ni el cómo, ni el hasta cuándo. José se había acostumbrado, se instaló en un edificio que antes había sido un banco. La propiedad estaba abandonada en espera de un juicio que debía decidir su destino. Por suerte para José, la justicia era lenta, muy lenta.

María era una mujer sola. Se había mudado al barrio hacía poco y no tenía muchos amigos. Tenía un alma noble, pero un carácter algo difícil. Una noche, camino a su casa, María pasó por el refugio de José. Casi no le prestó atención, hacía demasiado frío como para detenerse a observar a un hombre sucio y cubierto de mantas rotas.

Se preparó una sopa y se sentó a la mesa, sola como siempre. De pronto recordó al hombre que había visto al volver a casa. Miró el plato de humeante sopa y se dejó llevar por su impulso. Quería llevarle algo calentito para que ese hombre, cuyo rostro no recordaba, no sintiese tanto frío. Tomó un tazón de porcelana viejo, lo llenó, lo tapó con un plato y se lo llevó.

El hombre seguía allí, cobijado por las mantas agujereadas. María depositó el tazón junto a José y se fue rápido, perseguida por el frío o algo de vergüenza, de esa que a veces se siente aunque no se debiera. José comenzó a creer en los milagros, hacía mucho que no tomaba un plato de sopa caliente. El aroma lo embriagó y el sabor recorrió su cuerpo, igual que el calor de ese caldo que curó, por un instante, tantos años de frío y hambre. Se preguntó quién la habría dejado, miró el coqueto tazón de porcelana, lo tocó, y la textura de esa fina loza lo maravilló y lo intrigó también. Agradecido y con menos frío de lo habitual se dispuso a dormir.

María regresó a su casa, calentó la sopa y se sirvió otro plato. Mientras veía elevarse el humo que emanaba del caldo, pensó en José y en ella también. Le dio pena ese hombre que vivía solo en la calle, pero también sintió pena por ella. Vivía sola, cómodamente, sí, pero sola. Se preguntó cómo habría sido la vida de José, qué habría pasado para que terminase viviendo en la calle. ¿Cómo se sentiría vivir a la intemperie, pasar hambre, frío y soledad? María no tenía respuestas para sus preguntas, lo que sí sabía era cómo se sentía la soledad, lo sabía muy bien.

A partir de ese día, cada noche María dejaba un tazón de sopa caliente junto a José. Volvía a su casa y se servía otro para ella. Comenzó a sentirse menos sola, sabía que mientras ella cenaba, José también lo estaba haciendo. Por primera vez en su vida, comenzó a cocinar no sólo para ella y el sentir que alguien la necesitaba y la esperaba la alivió y curó en parte su soledad. Para José los días cambiaron y se hicieron más cortos. Sabía que a pesar de las penurias que el día le deparase, por la noche llegaría esa caricia contenida en el tazón de sopa caliente.

De un modo u otro, ambos se necesitaban porque, cierto es, todos necesitamos de todos, con hambre o sin ella, con frío o con calor. Y se ayudaron mutuamente, porque la soledad también produce frío y porque el hambre se siente más si uno está solo. Y se sintieron menos solos, menos abandonados. El tazón de porcelana cobijaba cada noche, mucho más que sopa caliente.

Lo que María regalaba a José era mucho más que alimento y lo que José hacía por ella era infinitamente más que dar las gracias. Es verdad que quien da primero, da dos veces.Todas las noches, un pequeño milagro se hacía realidad, la soledad, el hambre y el abandono desaparecían tras el vapor de una sopa amorosamente servida en un tazón de porcelana.

¿Qué hizo María tras colocar el recipiente con la comida?

1. Se quedó para conocer a José personalmente.
2. Se dispuso a esperar a que el hombre comiera.
3. Se arrepintió inmediatamente de su acto.
4. Abandonó aquel lugar muy de prisa.